

## Las inimaginables imágenes de Héctor García

Raquel Navarro Castillo\*

**E**n la búsqueda de sus fuentes, la materia prima para la construcción de sus análisis, narraciones e interpretaciones, el historiador se sumerge en los repositorios olfateando, intuyendo, infiriendo, en función de las múltiples posibilidades que da el hecho de que por diversas motivaciones y circunstancias, individuos, grupos sociales, instituciones, organizaciones, entre otras, dejan registro voluntario e involuntario de su existencia y de sus actividades en las más diversas formas y soportes materiales.

Así, con mayor o menor idea sobre lo que puede o no encontrar; entre las vicisitudes de la búsqueda, después de horas y días hurgando en cajas, expedientes, sobres, legajos, periódicos, revistas, montones de papeles, fotografías o cualquier otro tipo de fuentes y repositorios, de repente el rostro del investigador se ilumina al dar de frente con una evidencia valiosa para comprobar o desechar sus supuestos. Trabajo, sí, mucho trabajo hay entonces detrás de los logros de los profesionales de la historia, pero también el azar, la suerte, lo imprevisto y la sorpresa desempeñan algún papel y nos descubren lo desconocido pero a la vez, lo esperado.

Todavía es más sorprendente cuando se da el hallazgo de algo que de cierta manera, por un conjunto de supuestos asentados, se daba por inexistente, no por desaparición, sino por la presumible imposibilidad de haber sido creado. Tal es el caso del número 2 de *Ojo! una revista que ve*, publicación paradigmática principalmente por su contenido, pero también por la significación que resultaba de —según se creía hasta hoy— haber existido un solo número de ella. La historia es la siguiente.

Mi interés por estudiar los procesos históricos que han definido las dinámicas de nuestro devenir contemporáneo, tomando como base el registro fotoperiodístico, me condujo a considerar la fuerza estética y documental de la obra de uno de los más importantes e influyentes fotoperiodistas de la segunda mitad del siglo XX, Héctor García, como la fuente a partir de la cual se pudiese comprender, desde otras aristas, los efectos que en la sociedad tuvo el proceso de industrialización y modernización impulsado a partir de la década de los cuarenta y que contó con vigencia durante los dos decenios siguientes.

En efecto, desde el ámbito de su actividad periodística, Héctor García registró profusamente diversos aspectos de la sociedad mexicana del periodo, la cual vivió un proceso de transformación debido a la implementación de un modelo

\* Escuela Nacional de Antropología e Historia, INAH.

de acumulación que tuvo como eje central la actividad industrial. Así, la lente de García enfocó las diversas manifestaciones de la modernización económica, social y cultural, reflejo del crecimiento económico consecuente. Pero también captó el otro lado de la moneda, es decir, el de sus efectos en una población que se fue hacinando en las ciudades, subordinándose a la lógica que permitía la bonanza de unos cuantos, gozando de las migajas que podían paliar, pero de ninguna manera ayudarlos a superar las circunstancias estructurales de su pobreza.

En este sentido, la obra de Héctor García se destacó por estar impregnada de una sensibilidad social producto en gran parte de su misma historia de vida, es decir, con un sentido crítico de su realidad, la cual presentaba en sus fotografías también con alto sentido estético. La conjunción de estas dos características de su obra, aunado a su capacidad para relacionarse con los protagonistas de los ámbitos a los que su carrera fotoperiodística le llevó: el cine, el arte, la política, la cultura, entre otros; todo ello le valió el constante reconocimiento de su trabajo por propios y extraños; reconocimiento que se materializó con la distinción de varios premios, entre ellos: el Premio Nacional de Periodismo en tres ocasiones —1959, 1969 y 1979— y el Premio Nacional de Ciencias y Artes en 2002.

La significación de los contenidos de su obra, así como las cualidades plásticas y simbólicas de la misma, no sólo le ganaron un lugar en el medio periodístico, sino que también le abrieron las puertas de galerías y museos en los que expuso su obra en calidad de artista.

De tal forma que desde mediados de la década de los cuarenta fue conformando una amplia, variada y muy significativa obra entre la que se destaca el conjunto de imágenes que fueron publicadas en un esfuerzo editorial independiente que emprendió junto con el periodista Horacio Quiñones, titulado *Ojo! Una revista que ve*. En ésta se consignaron los registros fotográficos que García hizo en la última semana de agosto de 1958 sobre la insurrección estudiantil en contra del alza a las tarifas del transporte público de la ciudad y los de la represión al mo-

vimiento magisterial en lucha por democracia sindical y mejores condiciones de trabajo.

El carácter independiente de la publicación en un contexto en el que los medios de comunicación estaban fuertemente controlados por el autoritarismo gubernamental propio de la época, la significación histórica de los eventos registrados, así como la calidad estética y la fuerza discursiva de las fotografías de Héctor García —quien para entonces ya era ampliamente reconocido en el medio periodístico— la convirtieron en un hito dentro de la historia del fotoperiodismo mexicano, circunstancia que se vio reforzada cuando al año siguiente de su aparición una serie fotográfica incluida en la revista le valió el Premio Nacional de Periodismo al destacado fotógrafo.

Sin embargo, a pesar de su relevancia para la historia del fotoperiodismo en particular y de la historia contemporánea del país en general, la información y análisis sobre esta publicación era prácticamente inexistente. Sabida su existencia por los expertos en la fotohistoria mexicana, se menciona en prácticamente todas las reseñas sobre la historia del fotoperiodismo mexicano y en los recuentos de la obra del propio García, pero en este último caso, atendiendo principalmente a algunas fotos en particular y destacando el valor estético de las mismas.

Así que me propuse utilizar esta revista para realizar un análisis histórico que girara en torno a tres ejes. En primer lugar, estudiar esas imágenes como parte de la obra de Héctor García, pero comprendidas en su contexto original de creación y difusión, es decir, el de su actividad como fotoperiodista; en seguida, entender la relevancia de esta propuesta editorial que, realizada junto con Quiñones, consignó de manera crítica el entorno de movilización social de ese año. Por último, utilizarla como fuente documental en la comprensión de una coyuntura importante dentro de los procesos históricos del México contemporáneo, en específico, en relación con la situación de descontento de algunos sectores de la población como efecto de las políticas de modernización en el que se involucró a la sociedad mexicana.

Así las cosas, el primer problema que se me presentó fue poder localizar un ejemplar de la revista. A pesar de la importancia ya señalada, no se encuentra en ninguno de los repositorios hemerográficos del país, ni siquiera en la Hemeroteca Nacional de México o en el Centro de la Imagen. Asimismo, menciones de su existencia aparte, la información más amplia sobre ella se remitía al artículo que John Mraz había realizado al respecto en un número especial de *Luna Córnea* sobre la vida y obra de Héctor García. En este ensayo, Mraz relata las circunstancias en que se decidió la creación de *Ojo!...*, así como su suerte al ser perseguida por la policía, dado su cariz opositor al discurso oficial. Cuenta cómo al agotarse el tiraje inicial de 5 000 ejemplares: “Emocionado Héctor García habló a Quiñones para encargarse de 10 000 ejemplares, Quiñones respondió: ‘Lo mejor es que veas adónde te metes porque ya pasó la policía por la imprenta y se llevaron las placas’. García se escondió hasta que bajó la marea”.<sup>1</sup>

Quizá esto último es lo que explicaba o por lo menos llevaba a inferir su ausencia en los repositorios y el que contundentemente se señalara que sólo había sido posible publicar un único número.

El mismo Héctor validó esta versión, posiblemente consciente de la relevancia que implicaba el número único en el caso de su propuesta editorial. Así lo relata al explicar por qué ya no siguió editando la revista:

La respuesta que doy [a] por qué no volví a salir otro número fue que mi papel fue solamente el de ser fotógrafo, ser editor era otra cosa. Si hubiera tenido la ambición de cambiar y [dedicarme] a la publicación de revistas hubiera sido diferente. Pero no fue así, por eso tampoco se hicieron reimpressiones. Su éxito radicó en que fue un

impacto de una sola vez, quizá por el momento que salió a la luz.<sup>2</sup>

De esta forma, el propio Héctor García fortaleció la aseveración que ayudó a mitificar la revista y evidentemente, su propia figura.

Con tal entendido en mente, mi búsqueda de un ejemplar me llevó a la casa de Héctor García, en donde no sólo fui atendida con amabilidad por su esposa y también fotógrafa de prensa, María García, sino que de forma por demás generosa me prestó lo que en ese momento se consideraba el único ejemplar del número 1 de *Ojo! Una revista que ve*, titulado “Una semana ardiente”. Con ella en manos, fui a hacerle una reprografía para poder llevar a cabo mi análisis e investigación y regresar inmediatamente tan valioso documento para su resguardo.

De este periplo surgió la tesis *Leer fotografías. Un estudio de caso. Héctor García en Ojo! Una revista que ve*, con la que obtuve el grado de licenciada en Historia. Posteriormente se convirtió en el libro *Héctor García en Ojo! Una revista que ve* —de reciente aparición— como resultado de obtener el Premio Nacional de Ensayo sobre Fotografía 2010.<sup>3</sup> En dicho trabajo se hace eco de la certeza tenida hasta ese momento de que estábamos frente a una propuesta editorial que, víctima del autoritarismo, había concretado sus esfuerzos en un único número del cual se conservaba un solo ejemplar.

Pero el Archivo de la Fundación María y Héctor García todavía tenía cosas que decir al respecto. En efecto, como parte de la importante labor que realiza María García como guardiana de la invaluable obra de Héctor García, y con ello, de una significativa parte de la memoria histórica del México contemporáneo —ahora secundada por el personal que colabora en la institución— se ha empezado a clasificar, digitalizar

<sup>1</sup> John Mraz, “Ojo! Una revista que ve”, en *Luna Córnea*, núm. 26, 2003, p. 74.

<sup>2</sup> Héctor García, “Un verano ardiente: el vallejismo”, en *Chiles verdes*, México, UAM, 2007, p. 207

<sup>3</sup> Raquel Navarro Castillo, *Héctor García en Ojo! Una revista que ve*, México, Conaculta-Centro de la Imagen (Ensayos sobre fotografía), 2012, 117 pp.

y sistematizar el material producido y recopilado a lo largo de sesenta años de incansable labor fotoperiodística. Y fue precisamente en la cotidianidad de las labores archivísticas que María descubrió y entregó al personal una bolsa con varios ejemplares del número 1 de *Ojo! Una revista que ve* para su clasificación y preservación. Al sacarlos de la bolsa para empezar a separarlos y revisarlos sucedió lo inesperado. Entre esos ejemplares se encontraba uno que si bien también correspondía a *Ojo! Una revista que ve*, tenía una portada y contenido totalmente diferentes: un ejemplar del impensable número 2 de la revista. La sorpresa fue indescriptible, no era encontrar lo perdido, sino hallar lo inimaginable. El fortuito hallazgo generó inmediatamente una serie de cuestionamientos, el principal, sobre si habría circulado o sólo se había quedado en la imprenta cuando la represión contra la revista se hizo manifiesta, truncando las posibles proyecciones de García y Quiñones.

Lo cierto es que su existencia echó por tierra la certeza que se tenía de que los referidos sólo habían editado un número de la revista, y con ello, el mito del número único; aunque habría que matizar que, por la circunstancia de haber circulado, por su propio contenido al que ya hemos hecho referencia, pero principalmente, por la trascendencia que tuvo tanto como propuesta editorial como por la presencia de algunas de sus imágenes en otros espacios y contextos a lo largo del tiempo, la importancia del número uno de *Ojo!* sigue siendo incuestionable.

Por otro lado, el nuevo número nos da una idea sobre la naturaleza del proyecto y acerca de la continuidad de la misma como un espacio en el que, por un lado, tuvieran difusión las imágenes del propio García, y que por otro, las mismas —dentro de la propuesta editorial en su conjunto— sirvieran para mostrar aspectos de la dinámica ciudadana o de la realidad general del país, que no encontraban voz en otros medios al ser presentados con un punto de vista distinto al oficial.

Al igual que el primer número, el 2 de *Ojo! Una revista que ve* muestra con un alto sentido

crítico la otra cara de la moneda de la modernización, es decir, el de los efectos que le tocaba vivir a la población de más escasos recursos. Situaciones que nos ilustran perfectamente su circunstancia coyuntural, pero que al mismo tiempo se pueden leer en términos de su carácter estructural con respecto a la historia de nuestro país. Por una parte, los efectos de las lluvias en las zonas marginadas de la ciudad de México, y por la otra, la participación de una diputada federal que en sesión del Congreso, quien habló a favor de la liberación de Othón Salazar y del líder campesino de Sonora, Jacinto López, lo que ocasionó la molestia de sus compañeros.

Mucho trabajo nos espera sobre este nuevo ejemplar para tener una mejor valoración de la significación de su existencia y de sus contenidos. Varias dudas nos surgen después de la primera revisión que hemos hecho a vuelo de pájaro, una vez recuperados de la sorpresa, como la cuestión sobre su circulación, además de la intriga sobre si se hizo de manera simultánea con el primer número por la fecha de publicación —sólo una semana después de la anterior—, si las fotografías de la segunda parte pertenecen en su totalidad a Héctor García, sobre el posible respaldo político que pudieran o no haber tenido, si las imágenes contenidas tuvieron alguna réplica posteriormente en otros espacios. En fin, surgieron estas y otras preguntas propias del sumergirse a fondo en esta fuente.

Las temáticas son consignadas a través de varios fotorreportajes en los que las fotografías de García ocupan la mayor parte del espacio y se acompañan con breves textos de Quiñones, los cuales buscan orientar la lectura de las imágenes y al mismo tiempo establecer un punto de vista en particular. En esta ocasión no presentamos un análisis como el que realicé para el número uno, en el que el centro era la propuesta editorial, y se discutió acerca del discurso subyacente al diálogo entre imágenes y textos, para posteriormente situarlo en su contexto histórico específico.

En su lugar, presentamos las fotografías —de alguna manera “inéditas”, ya que al momento,

no las he encontrado como parte de alguna otra publicación o integrando una de las numerosas exposiciones de Héctor García— que integran la publicación, aisladas de la puesta en escena de la revista, con el fin de mostrar, a través de su fuerza visual, la capacidad de García para mostrar las vicisitudes de algunos sectores de la población con un alto sentido de plasticidad y simbolismo.

Así, las fotografías de referencia captan una situación extraordinaria si atendemos al hecho de que son propias de una determinada época del año: las inundaciones provocadas por las lluvias alteraban el devenir cotidiano de los habitantes que precisamente en esos años habían comenzado a colonizar ciertas zonas de la capital; pero al mismo tiempo se trata de eventos estructuralmente periódicos desde la etapa colonial, como consecuencia de la alteración del entorno geográfico-ambiental que hasta ese momento se sustentaba en el sistema lacustre del valle de México.

En efecto, a lo largo de millones de años, bajo las sucesivas etapas geológicas, se fue conformando una depresión conocida hoy como el valle de México que, rodeada prácticamente en su totalidad por elevaciones, dio origen a un sistema de cinco lagos —Zumpango, Xaltocan, Texcoco, Xochimilco y Chalco— conectados de tal manera que en las temporadas de lluvia con el consecuente incremento de sus niveles, se unían, pareciendo un solo cuerpo lacustre. La amplitud y particularidad de los recursos naturales que proporcionó este peculiar ecosistema atrajo constantemente a grupos de pobladores desde los inicios de la civilización mesoamericana como, lo demuestra el emplazamiento ceremonial de Cuicuilco al sur de la región, datado en tiempos del Preclásico.

Sucesivamente se fue incrementando la población del valle. Bajo la influencia de las más importantes culturas del altiplano —Teotihuacan y Tula— se establecieron poblados y señoríos que aprovecharon los beneficios de ese entorno ecológico. Así, la historia mesoamericana del valle de México estuvo asociada a las posibilidades de convivencia de sus habitantes con

los lagos, alterándolo para su aprovechamiento en la menor medida posible, quizá en gran parte por su particular desarrollo de las fuerzas productivas, pero principalmente, como consecuencia de que el sistema lacustre y sus recursos resultaban vitales para la supervivencia de los pobladores, cuya cosmovisión también se puede explicar por los elementos que el entorno les aportó.<sup>4</sup>

La intervención humana más significativa se dio hacia finales del periodo mesoamericano con el establecimiento de los mexicas en uno de los islotes del lago de Texcoco en el que fundaron la ciudad de México-Tenochtitlan, sede de un vasto imperio y por lo tanto, el origen de la importancia del lugar como centro económico-político de lo que siglos después sería la República mexicana. Esta tribu nahuatlaca transformó radicalmente el desierto islote en una hermosa y peculiar ciudad con un imponente centro ceremonial rodeado en sus cuatro puntos cardinales por barrios. La ciudad fue conectada a tierra firme por calzadas para complementar el tránsito que se realizaba también por medio de canoas las cuales circulaban en la extensión de aguas, que al mismo tiempo representaba una especie de fortaleza para obstaculizar posibles ataques. La mayor obra de ingeniería que de alguna forma intervino en la composición de los lagos fue el dique construido bajo la dirección de Nezahualcóyotl, el cual dividió las aguas dulces y las saladas, al tiempo que servía para proteger a la ciudad de inundaciones.

Este equilibrio se empezó a alterar con la conquista española. Movidos por una lógica económico-política diferente, el sistema lacustre no les era funcional a los colonizadores y, por el contrario, se reveló como una fuente constante de inundaciones en lo que ahora sería la capital de la Nueva España. Las inundaciones de 1555 y posteriormente las de 1626, 1627 y 1629 fueron memorables. La actividad de las autoridades de la ciudad de México se centró desde entonces en

<sup>4</sup> Gabriel Espinosa Pineda, *El embrujo del lago. El sistema lacustre de la cuenca de México en la cosmovisión mexicana*, México, UNAM, 1996, 432 pp.

construir sistemas de drenaje, desviar algunos ríos como el Cuautitlán y empezar un proceso de desecación de los lagos abriendo canales para llevar sus aguas fuera del valle. Las obras magnas en este sentido fueron el Gran Canal del Desagüe concluido durante el Porfiriato y el Drenaje Profundo ya en el siglo XX.

A pesar de estos esfuerzos, la disposición geográfica de la ciudad de México: en medio de un receptáculo natural de las vertientes que la rodean, así como presa de un constante hundimiento explicado por el suelo fangoso en el que se asienta, en conjunción con la falta de una visión integral de esta problemática —agravada también al paso del tiempo por el incremento de la concentración demográfica— por parte de las sucesivas autoridades gubernamentales, la ha hecho hasta la fecha un espacio susceptible de inundaciones periódicas en las temporadas de más intensidad pluvial, cuando los sistemas de drenaje se hacen insuficientes, y por lo tanto, ineficientes.

Lo que quizá ha cambiado en este escenario estructural han sido las zonas de más afectación dentro de la amplitud del valle en donde se asentó la ciudad que luego de la independencia nacional sería la capital del país y del constituido Distrito Federal, y por tanto, lo significativo de las inundaciones dentro del conjunto de las relaciones sociales de la misma.

En este sentido, las fotografías de Héctor García puestas en escena en el número 2 de *Ojo!*... nos remiten, sí a la condición estructural del valle de México y sus inundaciones, pero de manera muy específica a la circunstancia de esos años coyunturales en cuanto a la transformación social del país en general, y del entonces Distrito Federal y su área metropolitana en particular.

En efecto, desde la década de los cuarenta el país transitó de su tradicional esquema económico de exportador de materias primas y bienes alimenticios a un modelo de acumulación en el que la actividad industrial sería la apuesta central del desarrollo nacional. Siguiendo la tradicional centralización política y económica del país, dicha actividad industrial se concentró en gran medida en la ciudad de México, con lo que

se convirtió en un polo de atracción para la población de distintos lugares de la república, que migraron en busca de los sueldos relativamente más altos que ofrecían las industrias y los empleos del sector servicios, así como de las expectativas de mejorar sus condiciones de vida en el ámbito urbano.

Así, el ritmo de urbanización que vivía la ciudad de México, ya de por sí considerable desde los años veinte del siglo pasado, cuando los gobiernos posrevolucionarios iniciaron la reconstrucción del Estado, experimentó un proceso de aceleración a mediados de la centuria merced al proceso ya descrito. La población de la ciudad inició un crecimiento exponencial que demandó una constante actualización de los servicios, así como la ocupación de los espacios que gradualmente se la habían ido ganando al lago de Texcoco desde décadas atrás.

Sin embargo, la distribución de la población dentro del espacio del Distrito Federal sería desigual en términos de clase e ingresos. Nuevas colonias hacia el centro, sur y poniente surgiría para alojar a las clases altas y a quienes engrosaron durante esos años los estratos medios. Por su parte, los recién llegados de las áreas rurales se ubicaron en las colonias populares o proletarias, al tiempo que gradualmente ocupaban los terrenos que al oriente de la ciudad se extendían desérticos como resultado de la desecación del antiguo lago de Texcoco, uniendo así el Distrito Federal con el Estado de México en una franja de marginación contenedora del ejército industrial de reserva que hizo posible el crecimiento industrial de la ciudad.

Serían estos habitantes en condiciones de marginación quienes ubicarían sus precarias viviendas en esa inmensidad salitrosa, adueñándose paulatinamente de esos terrenos, a veces haciendo valer la fuerza de su presencia y su necesidad, muchas otras, siendo presa de los fraccionadores de terrenos. Sin servicios públicos, alejados de los beneficios de la modernización que se daba en el centro de la ciudad, en donde la construcción de edificios públicos y privados, vialidades, comercios, centros de salud, etcétera, transformaban la faz urbana; esos



habitantes se asentaron luchando contra las adversas condiciones de vida con la esperanza de alcanzar la posibilidad de integrarse al paraíso ciudadano en algún momento.

En esas condiciones, las colonias del noroeste de la ciudad y los asentamientos irregulares del llamado vaso de Texcoco fueron los que se empezaron a llevar la peor parte de los efectos de las seculares inundaciones, tal como sucede hasta el día de hoy, cuando esa incipiente zona de marginación se ha extendido hacia los cuatro puntos cardinales del Distrito Federal.

Y como muchas cosas en la vida, hasta en estas peculiares circunstancias de la pobreza hay matices o niveles, los cuales en este caso se determinaban nuevamente por la circunstancia geopolítica. Me explico: dentro de esta amplia zona espacial, las demarcaciones políticas tenían efectos diferenciados en las condiciones de vida. No era lo mismo estar bajo la administración del Distrito Federal, que concentraba mayores recursos y de alguna forma buscaba darle orden a ese caos de la expansión urbana, que dar en los terrenos limítrofes del Estado de México, lejos de los centros administrativos de la entidad y más lejanos aún de cualquier interés por desarrollar asentamientos modernos.

En el caso de la capital del país, ya desde el periodo cardenista se le había conferido al Departamento del Distrito Federal —entonces órgano de gobierno dependiente directo del gobierno federal— el usufructo de esos terrenos, que por otro lado eran fuentes de constantes tolvaneras que asolaban a la ciudad; para que se ejecutaran obras hidrológicas, se industrializaran las sales y se reforestara la zona:

Como complemento se otorgó una parte de esas tierras a diferentes grupos de familias, pensando que la iniciativa de los pequeños propietarios daría lugar a diferentes granjas y cultivos. La transferencia de tierras se hizo pero las granjas nunca surgirían. Esas tierras se incorporarían al mercado inmobiliario al poco tiempo, como resultado de las ventajas que tenía

la especulación urbana sobre las labores agrícolas.<sup>5</sup>

Esta dinámica, junto con la política de regularización de asentamientos que por medio de invasiones habían rodeado al centro de la ciudad, fueron conformando una amplia zona de urbanización habitada por gente de escasos recursos que en las décadas de los cuarenta y los cincuenta llegarían a su máximo crecimiento, por lo que el siguiente espacio a poblar serían los terrenos que pertenecían entonces a los municipios de Texcoco, Ecatepec y Chimalhuacán, ya en el Estado de México.

Y precisamente las fotografías de García nos llevan a un muy significativo recorrido por estas zonas de afectación, develándonos las implicaciones que tenían para esta población. Así, mientras el presidente Ruiz Cortines informaba en 1958 que durante su sexenio se habían invertido 347 millones de pesos en obras hidráulicas tendientes a “disminuir hundimientos y control de aguas negras y pluviales”<sup>6</sup> —lo cual quizá había traído beneficios para algunas colonias del centro de la ciudad y favorecido los nuevos desarrollos habitacionales para los estratos medios—. Las imágenes de *Ojo! Una revista que ve* nos muestran los escasos o nulos efectos de las mismas en las condiciones de la vida de los habitantes de las zonas más vulnerables.

La imagen de la portada es contundente. Un grupo de niñas con los pies cubiertos de agua y cuya vestimenta y aspecto remite claramente a su precaria condición de vida posan en primer plano para el fotógrafo, que capta el escenario en el que se encuentran: la calle en donde seguramente viven, totalmente anegada después de la lluvia. Apenas se notan algunas casas al fondo, sobresaliendo del mar de agua estancada que prácticamente no ha dejado ningún espacio seco por el cual transitar.

<sup>5</sup> Armando Cisneros Sosa, *La ciudad que construimos*, México, UAM-Iztapalapa, pp. 71-72.

<sup>6</sup> “El Sr. Adolfo Ruiz Cortines, al abrir el Congreso sus sesiones ordinarias, el 1° de septiembre de 1958”, en *Los presidentes de México ante la nación*, 2ª edición, México, Cámara de Diputados, 1985, t. IV, p. 988.

El protagonismo de los niños se mantiene en las imágenes del interior de la publicación, a través de las cuales Héctor García muestra diversos ángulos de las vicisitudes que se enfrentaban con las inundaciones. Las primeras fotografías nos ubican en las colonias del noroeste de la ciudad, en lo que parece ser las inmediaciones del entonces Aeropuerto Central, en las calles de las colonias Moctezuma, la Pensador Mexicano, el Peñón de los Baños y Aragón. El fotoperiodista registra cómo el agua invadía los hogares y como consecuencia provocaba el desamparo de los niños, con los pies descalzos hundidos en el agua, refugiándose algunos en los escalones de las entradas de sus viviendas, que miran azorados a la cámara que registra cómo las de por sí difíciles condiciones de vida en esta vecindad se tornaban tortuosas cuando el agua anegaba su angosto pasillo.

Más impactantes son las escenas de gente caminando en las calles cubiertas de agua, o peor aún, navegando en balsas improvisadas, como es el caso del niño que aún en esa circunstancia no deja de sonreír al darse cuenta que es enfocado por la lente de la cámara. La escena muestra el aumento del nivel del agua, de aproximadamente un metro de altura, que ha convertido las casas en lugares inhabitables, ocupadas totalmente por el agua, y a la calle en un apacible río sin desembocadura, con el cerro del Peñón de los Baños al fondo. Otras dos imágenes muestran el uso de lanchas para huir de la zona de desastre. Y en este punto nos cuesta trabajo imaginar las circunstancias en que el fotógrafo tuvo que desempeñar su trabajo.

Fiel a su estilo, Héctor García busca la cercanía, la empatía con los personajes que registra. Esto se refleja claramente en las imágenes en cuestión, lo que nos habla de que está inmerso también en la situación de desastre, desplazándose entre los caudales que se han formado con la lluvia, brincando entre charcos, mojándose los zapatos y los pantalones; en fin, haciendo lo necesario para emplazar su cámara y captar el mejor ángulo que le permita transmitir su visión personal de los hechos, de la que una indudable característica es la de su capaci-

dad para captar los rostros y las circunstancias de los protagonistas.

Por lo tanto, García no se contenta con registrar lo que sucede en las calles, aprovecha el ambiente de caos, la urgencia de las personas, su desesperación, el que las puertas han sido transgredidas por las corrientes de agua para que él mismo las aproveche y se sumerge en el interior de las viviendas para mostrarnos la consternación de las familias que se apuran a rescatar sus escasas pertenencias, las que han sobrevivido a los estragos de la inundación. Con el agua en los tobillos, los pantalones arremangados hasta las rodillas, las bastillas de las faldas húmedas y la tristeza reflejada en el rostro, hombres, mujeres y niños se solidarizan, cargan sus camas, sus colchones, cobijas y demás enseres para tratar de ponerlos a salvo en algún lugar seco, que, por lo que revelan las imágenes, parece inexistente.

En una de esas escenas, una niña con el vestido mojado, en medio de una habitación, hunde sus manos en el fondo del agua turbia, buscando algo seguramente de valor para ella sin que en la imagen se alcance a precisar más que su inocente esperanza de hallarlo. En otra fotografía, un hombre de avanzada edad camina con dificultad entre las tablas que se han improvisado como una especie de puente sobre la calle, se apoya en una vara a manera de bastón llevando a su gato en el hombro; el fotógrafo lo toma casi de espaldas en una ligera contrapicada con la que quizá se busca enaltecer la figura de este individuo que en el momento de la emergencia no se olvida de su compañero.

Una escena más: una señora es captada de frente, avanzando en medio de la calle, arrastrando sus pies entre el agua, apoyando una de sus manos en un bastón mientras en la otra carga su bolsa del mandado. Resignadamente ha ido por sus víveres enseñándonos que aun en la emergencia la vida sigue y la gente tiene que satisfacer sus necesidades más elementales. Un aura de heroísmo rodea a esta gente que en las condiciones más adversas, víctimas de la indiferencia gubernamental y de otros sectores de la sociedad, siempre se rehacen y

enfrentan la vida en las circunstancias que se les presenten.

Conforme avanzan las páginas de la publicación las fotografías que aparecen dejan los espacios urbanizados del Distrito Federal y nos llevan a escenarios que resultan más dramáticos aún por la total marginación que nos muestran. Una serie de cinco fotografías nos narran una historia que inicia con una toma del desolador paisaje que se formaba en la inmensidad de los terrenos desecados del lago de Texcoco, más al oriente de la ciudad, apenas habitados.

Algunas construcciones elementales, levantadas a flor de tierra, con techos de láminas de cartón, perdidas en el horizonte inundado bajo el reclamo del antiguo lago que se resiste a desaparecer, contrariando así la voluntad de los seres humanos que secularmente han luchado por deshacerse de él. El fotógrafo parece irse acercando sobre el agua para mostrarnos con mayor nitidez el rústico asentamiento, perdido en la inmensidad.

Con este telón de fondo, en una tercera imagen de la secuencia se empieza a notar la apenas perceptible figura de una niña que avanza en medio de una improvisada vereda que ha quedado milagrosamente en medio de la inundación, buscando un paso entre el agua para, seguramente, llegar a su casa. Pero en el siguiente recuadro el fotógrafo está prácticamente frente a la menor, compartiendo ese montículo de tierra que la mantiene a salvo del agua que la rodea, dejándola casi sin salida.

Así, toma tras toma, la figura de la niña se va haciendo más nítida hasta tenerla prácticamente de frente en primer plano, en una composición que, a pesar de lo que refiere, se estructura plásticamente y muestra la contradicción en su rostro, aprisionando entre sus manos sus escasas prendas de vestir, buscando en el horizonte algún lugar a donde ir. De esta manera, la llamada “Sirena del Lago”, se yergue indómita en medio de su desolado, yermo y aislado reino, que no es otra cosa que un submundo alejado de la modernidad y el bienestar.

Otra serie de fotografías en lo que parece el mismo paraje inundado, salpicado por unas

cuantas casas separadas unas de otras, dejando amplios, muy amplios espacios que son ocupados vastamente por el agua, o bien, por la planicie salitrosa y fangosa del antiguo lago, presenta a un grupo de niños que, indiferentes a las condiciones de adversidad, ríen y juegan con los escasos elementos que disponen a manera de juguetes: lo que queda de una llanta, un carrito, pero sobre todo el agua, la tierra y el abundante lodo, les sirven para entretenerse.

Así, una serie de siete fotografías ilustra la capacidad infantil para utilizar cualquier entorno, en este caso el campo salitroso y los charcos para desplegar su inocencia muy a pesar de su pobreza y de que tienen que recurrir a la basura y los desechos encontrados en ella para obtener sus juguetes. Niños que viven en la total carencia: descalzos y mal vestidos, paradójica o irónicamente, faltos de agua potable suficiente para asearse; pero sobre todo, con una dolorosa ausencia de futuro, de expectativas, de sueños y anhelos. Es difícil pensar que en un momento en el que el presidente de la República reconocía que la mitad de los niños en edad escolar de primaria no tenían escuela por la falta de las mismas —concentrándose las existentes en las áreas urbanas— hubiera en esos desolados terrenos una institución en la cual ellos encontrarán la oportunidad de la movilidad social vía la educación. Estos niños recorrerían un largo camino, sembrado de mucho esfuerzo para gradualmente ir encontrando los espacios que les permitieran disfrutar de las posibilidades que prometía la modernización.

El sentido crítico, característico también de la mirada de Héctor García, no podía dejar de lado el denunciar las situaciones asociadas y desarrolladas en este contexto social. La necesidad de las familias que migraban del campo para encontrar un espacio en las cercanías de la ciudad que les permitiera aspirar a gozar del sueño modernizador —y con ello mejorar en algún momento sus condiciones de vida— las hizo presa fácil de aquellos que vieron la oportunidad de lucrar con los terrenos de la vastedad desértica del oriente de la capital.

Así se fraccionaron terrenos en lotes que se vendían en abonos y que, como muestra una de las imágenes, prometían los servicios públicos básicos para la sobrevivencia de esas personas, que a la sazón eran: el transporte y el agua. Pero no se aclaraba que en lugar de agua potable lo que encontrarían sería el agua pluvial que no sólo dificultaba sus actividades diarias, sino que perjudicaba sus pertenencias personales agravando o reproduciendo interminablemente su situación de pobreza.

Esta historia data de 1932, año en que el entonces presidente Pascual Ortiz Rubio puso a la venta en precios muy bajos los terrenos del lago de Texcoco, situación que fue aprovechada por inversionistas privados para hacerse de considerables extensiones con las cuales después harían pingües ganancias; lo que se intensificó hacia mediados del siglo. El surgimiento de fraccionamientos también se daría por la vía de las invasiones.

De esta manera los asentamientos irregulares fueron creciendo, aglomerándose hasta formar comunidades más amplias tanto en los territorios del Distrito Federal como en los de la zona colindante del Estado de México. Víctimas de políticos que lucraron con los terrenos, estos pobladores no sólo alimentaron con su mano de obra el crecimiento de la ciudad, sino que al mismo tiempo se convirtieron en clientela política de aquellos que les prometían la regularización de sus lotes, la dotación de servicios públicos como agua, electricidad y educación. De este proceso surgirían colonias e incluso el municipio de Nezahualcóyotl, erigido en 1963, el cual se convertiría en lo que se llamó municipio “dormitorio”, ya que sus pobladores salían muy temprano a sus trabajos en la ciudad de México y sólo llegaban en la tarde-noche a dormir a sus hogares.

La segunda parte de la revista se enfoca en un hecho que debería ser parte de la normalidad de un país que, como México, se ostenta como democrático y republicano, pero que en realidad —especialmente en esos años—, se caracterizó por la subordinación del Poder Legislativo a un presidencialismo autoritario. Así, la

protesta en la Cámara de Diputados de una de sus miembros quien exigía la liberación de dos líderes sociales se convierte en un hecho destacable por significar una excepción a la norma.

La revista destaca la forma en que la diputada guerrerense por el Partido Popular, Macrina Rabadán Santana de Arenal, en la sesión del Congreso del 10 de septiembre de 1958 —mientras el órgano legislativo se encontraba erigido como Colegio Electoral y discutía el dictamen que finalmente daría validez a los comicios electorales de los que resultó electo como presidente Adolfo López Mateos—, se salió del tema en cuestión para cuestionar la detención de Othón Salazar y Jacinto López, con base en los dichos de López Mateos durante su campaña en relación con su promesa de que “habrá paz en el país, pero paz con justicia social”. La diputada recriminó el uso de las fuerzas represivas para controlar las manifestaciones sindicales, en específico las magisteriales, y de cuyos hechos dio cuenta el primer número de *Ojo!...*, como ya hemos mencionado.

El discurso de la revista hace alusión a lo inédito de la posición crítica de la diputada en un momento en el que la disidencia contra el partido dominante —y particularmente de los representantes populares— era prácticamente inexistente, o por lo menos no se expresaba de manera pública. Incluso la susodicha se ampara en su lealtad y alineamiento con el presidente electo, al declararse como “diputada lopezmateísta”, posición que no le impidió cuestionar en ese caso el accionar del presidente en funciones, Adolfo Ruiz Cortines, quien de acuerdo con las costumbres sexenales del sistema político mexicano se encontraba en un proceso de disminución de su poder y presencia, el cual era transferido al recién llegado.

Las imágenes que conforman este apartado que es titulado “Macrina: vocero del pueblo”, y “Un discursillo sencillo empavorece a los diputados”, muestran en tomas en contrapicado y en primer plano a la diputada en plena tribuna dirigiendo su alocución, enalteciendo su figura para dimensionar su inédito acto. Otra imagen refrenda su filiación lopezmateísta, al mostrarla muy sonriente saludando a López Mateos.

Estas imágenes y los textos que las acompañan nos llevan a reflexionar sobre la complejidad política de esos años en los que el presidencialismo autoritario hacía uso del partido oficial para mantener el control político. Si bien la diputada aludida es de un partido opositor y está realizando una protesta contra las acciones del gobierno en turno, por otro lado, es necesario entender que el Partido Popular se había conformado a finales de la década de los cuarenta mediante un acuerdo entre el presidente Miguel Alemán y el líder fundador del Partido Popular, Vicente Lombardo Toledano, en un proceso que se ha conocido como el de la conformación de la oposición institucionalizada. Además la diputada se reconoce como fiel a los postulados del recién electo Adolfo López Mateos, por lo que lejos de tener una postura radical contra el sistema, forma parte de las dinámicas propias de la transición y sucesión presidencial dentro de la lógica política de esos años.

En resumen, estas imágenes fotográficas de reciente hallazgo forman parte, sí, de un proyecto editorial novedoso en su momento y, por lo tanto, hay una lectura de ellas que parte de su inserción en el mismo, de su diálogo con los textos que las acompañan. Pero también hay una lectura que parte del contenido y significa-

ción misma de las imágenes, de esa particular traducción que Héctor García hacía de su realidad circundante.

De oficio fotoperiodista, educada su mirada en los avatares de la profesión, pero también resultado de la influencia de maestros como Manuel Álvarez Bravo, supo pulsar su época y atender al registro de personas y situaciones que en ese momento no eran del todo publicables, o si lograban colarse a las páginas de alguna revista o diario, su puesta en escena era matizada textualmente para presentarlas como producto del infortunio, del azar. Sin embargo, Héctor García combina la sensibilidad artística y la social para producir imágenes que, como las que presentamos ahora a lo largo de esta revista, desnudan los discursos oficiales, mostrando a los actores sociales y sus dinámicas.

Vistas a la luz del presente, nos informan sobre la génesis de una problemática de mucha actualidad, que *mutatis mutandi*, se repite cada año, ampliándose los espacios de afectación, complejizándose y actualizándose los factores sociales que configuran el desastre que cientos de pobladores, principalmente de la zona oriente del Distrito Federal, siguen sufriendo; pero que en el fondo se explica y se ilustra en el contexto en el que estas imágenes tuvieron su origen.

